

EL MONTE ALTO (Mc 9,2-10)

²Seis días después, Jesús toma consigo a Pedro, Santiago y Juan, y los lleva, a ellos solos, aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos, ³ y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, tanto que ningún batanero en la tierra sería capaz de blanquearlos de ese modo. ⁴ Se les aparecieron Elías y Moisés, y conversaban con Jesús. ⁵ Toma la palabra Pedro y dice a Jesús: «Rabbi, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías»; ⁶ —pues no sabía qué responder ya que estaban atemorizados—. ⁷ Entonces se formó una nube que les cubrió con su sombra, y vino una voz desde la nube: «Este es mi Hijo amado, escúchenle». ⁸ Y de pronto, mirando en derredor, ya no vieron a nadie más que a Jesús solo con ellos. ⁹ Y cuando bajaban del monte les ordenó que a nadie contasen lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos. ¹⁰ Ellos observaron esta recomendación, discutiendo entre sí qué era eso de «resucitar de entre los muertos».

Cada año, en cada período litúrgico, durante la segunda semana de cuaresma, la Iglesia nos propone reflexionar sobre la Trasfiguración (*meta-morfeo*) de Jesús, que sucedió delante de aquellos famosos e inmerecidos tres testigos. Vale la pena repasar la vida de cada uno de ellos (si eso cuenta para nosotros, no sucede así para el Señor). Él invita y llama, siempre, a los menos indicados, como a Pedro, Santiago Juan (2b). Tres hombres de tres edades diversas y con tres experiencias distintas de llamada y vocación, de vida y de pecados, pues a la hora de la verdad, abandonarán al Siervo Sufriente.

El acontecimiento de la Transfiguración no es un relato sencillo de descodificar. Contiene innumerables significados que en dos mil años seguimos descifrándolos hasta llegar un día a la plenitud de su significado, que significa la transformación del hombre. Solo así comprenderemos mejor: los seis días, el monte alto, la luz, la blancura, los vestidos y la misma transfiguración; de igual manera a los timoratos hombres, a los seres del más allá y a la misma divinidad; asimilaremos mejor el diálogo que entablaron en aquel momento eterno, la prohibición de mencionar algo y el repentino anuncio que ni ellos mismo entendieron (10). Acerquémonos, entonces, a aquel Monte Alto, contemplemos la escena y escuchemos la voz del Señor. ¿Será importante aún?

Seis días

Esta brevísima introducción (no sé por qué, los leccionarios dominicales lo omiten. Qué nos explique algún especialista en liturgia) es muy significativa. No es un relleno textual. Intentemos, pues, descubrir su significado. La expresión «seis días» (2a), puede reenviar a distintos temas como el sexto día de la creación, día en el cual Dios creó al hombre (¿El día de la transfiguración alude a la creación nueva del hombre?); se podría relacionarlo también con los seis días de la fiesta de los Tabernáculos, pues Pedro menciona además las «tiendas», que era lo típico durante esta semana como recuerdo de los cuarenta años en el desierto («Hacer tres tiendas» para quedarnos, dijo conmovido Pedro. Pero, el objetivo no fue quedarse en el desierto, pernoctando en las tiendas, sino la tierra prometida. Es muy tentador quedarse en el camino. Es muy tentador extasiarse con una bella homilía y quedarse allí; lo importante es seguir y caminar hacia la meta).

Mejor, preguntémosle a Marcos: ¿Qué sucedió seis días antes? Él lo contó. Después de anunciar por primera vez su pasión, muerte y resurrección (8,31-33), dijo seis días antes: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8,31-38). La Transfiguración es esto, según Marcos.

Monte alto

En el norte casi plano de Israel, hay un monte que surge de manera singular, que se llama Tabor. La tradición cristiana, creo a partir de san Elena, lo identificó como el Monte de la Transfiguración. Los arqueólogos nos explican hoy, por su parte, que mil años antes, o más, sobre ese monte se ofrecía sacrificios a las divinidades antiguas suplicando, lo que en todas las culturas antiguas se pedía, buen tiempo para buenas cosechas. También los Incas buscaron los montes altos para realizar ofrendas a sus dioses, con la misma intención. Desde tiempos inmemoriales, el hombre intuyó que Dios habita en lo alto, y para relacionarse con él hay que subir no solo simbólicamente al Monte. (Por eso las Iglesias antiguas fueron construidas sobre lugares altos y sino había un lugar alto, se colocaban gradas en los atrios y junto al altar).

Para Marcos no se trata de eso. No hay ofrenda ni pago que realizar. Al contrario, en aquel Monte sucedió algo inaudito, que ninguna cultura antigua ni religión humana imaginó ni sospechó: la metamorfosis del ser humano, la transfiguración del carpintero de Nazaret. La Divinidad tocó la humanidad, y la humanidad fue asumida en la Divinidad. Dios se dejó ver y escuchar por el hombre y el hombre vio y escuchó la voz de Dios. No fue una visión mitológica imaginativa, tampoco una experiencia esotérica, ni mucho menos un contacto energético, como pretenden hoy las “religiones” en boga. Aquellos tres discípulos vieron la transfiguración divina de su Maestro y contemplaron temerosos el diálogo que él hacía con aquellos dos personajes que no estaban muertos, vieron la transformación divina del Nazareno y oyeron extáticos la voz de Dios (4-7).

En aquel Monte, aquel día, la Divinidad volvió a encarnarse en la humanidad y la humanidad adquirió naturaleza divina. La meta, por decirlo de algún modo, de nuestra religión (relación con Dios) no consiste en acercarnos a un misterio inconcebible ni palpar la naturaleza animada (como concebían las religiones precolombinas que resurgen hoy en día), sino en que la humanidad de espacio a la divinidad y la divinidad more en la humanidad (1Cor 3,16). Y esta fusión, si queremos decirlo de algún modo, tampoco se debe entender en términos humanos. Fácil es pensar como hombre, difícil es pensar como Dios, como el Dios de Jesucristo. Lo había dicho «seis días» antes el Nazareno: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8,31-38). La transfiguración (*meta-morfé*; cambio de forma, figura o naturaleza) consiste en subir a aquel Monte Alto, contemplar al hombre nuevo, escuchar la voz de Dios y pensar como Dios. De nuevo, no se trata de acercarse a la naturaleza animada, ni al todo-uno cósmico, tampoco a la sabiduría suprema, sino a una Persona. Pero a un tipo nuevo de Persona, a la persona de Jesús que siendo Dios se hizo hombre y siendo hombre fue exaltado y está sentado a la derecha de Dios. Es la nueva figura humana, la nueva creación de Dios, el Dios-Hombre y el Hombre-Dios, y por medio de él, nosotros podemos escuchar a Dios creador y pensar como Dios. Otra vez o dicho de otro modo, el misterio de la transfiguración nos empuja a subir, subir hacia arriba, hacia el Monte Alto y de allí a Dios, como lo hizo Moisés, en el Sinaí, y Elías en el carro de fuego (4). El camino de la transfiguración (*meta-morfosis*) no nos conduce

hacia abajo, hacia el desierto (domingo pasado) o hacia la naturaleza (como sucede con las religiones ancestrales) nos conduce hacia Dios.

Y el otro detalle escondido de la teofanía de la trasfiguración es el corazón de Dios. La metamorfosis o la transfiguración desvela, si podríamos decirlo de algún modo, el corazón humano de Dios. Dios no solo tiene un Hijo. Ama a su hijo (7c). El camino hacia la divinidad pasa por el corazón humano y por la certeza del amor. Dios no tiene reparos en decir que ama a su Hijo, para eso se hizo hombre diría santo Tomás de Aquino, para amar como los hombres. Y tú, ¿amas a alguien? Sino amas a nadie, difícilmente podrás subir a aquel Monte Alto y escuchar el corazón de Dios. «Este es mi Hijo amado», dijo el Señor en aquel Monte Alto. ¿Y tú? ¿A quién amas?